

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico no se creen degradados por trabajar, pues al rededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados-Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar así como á ellos por servir.

En los Estados-Unidos las profesiones son mas ó ménos penosas, mas ó ménos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesion decente es honorífica.

## CAPÍTULO XIX.

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace ménos progresos en las naciones democráticas, y aun podria decirse que es estacionaria, porque muchas otras parece que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad conducen naturalmente los hombres hácia el comercio y la industria.

Figurémonos un hombre activo, ilustrado, libre, con comodidades, lleno de deseos; este hombre, demasiado pobre para poder vivir ocioso, y bastante rico para no temer hallarse en la necesidad, se ocupa en mejorar su suerte. Como ha concebido el gusto por los goces materiales y ve á otros muchos que se abandonan á estos gustos, ha empezado á entregarse á ellos, y se consume por aumentar los medios de satisfacerlos todavía mas. Sin embargo la vida se pasa, el tiempo urge y ¿qué hace?

El cultivo de la tierra promete á sus esfuerzos resultados ciertos, pero lentos, y nadie se enriquece por este medio sino poco á poco y con dificultad. La agricultura no conviene, sino á los ricos que tienen ya un gran sobrante, ó á pobres que no aspiran sino á vivir. La resolución está tomada; vende sus tierras, deja su habitación y se dedica á cualquier otra carrera arriesgada, pero lucrativa.

Las sociedades democráticas abundan en gentes de esta especie, que crecen á medida que la igualdad de las condiciones se aumenta.

No solamente multiplica la democracia el número de los trabajadores, sino que los inclina mas bien á un trabajo que á otro, y mientras que les hace odiar la agricultura, los dirige hácia el co-

mercio y la industria (1). Esta inclinación se muestra hasta en los ciudadanos mas ricos.

Por opulento que se suponga á un hombre en los países democráticos, está siempre descontento de su fortuna porque se encuentra ménos rico que su padre, y teme que sus hijos lo sean todavía ménos que él. La mayor parte de los ricos de las democracias piensan sin cesar en los medios de adquirir las riquezas, y vuelven naturalmente su vista hácia el comercio y la industria, que les parecen los medios mas prontos y seguros de procurársela.

(1) Muchas veces se ha observado que los comerciantes y los hombres dedicados á la industria tienen un gusto inmoderado por los goces materiales, acusándose de esto al comercio y á la industria; pero yo creo que se ha tomado el efecto por la causa.

No es ciertamente el comercio ni la industria lo que sugiere á los hombres el gusto por los goces materiales, sino mas bien este mismo gusto es el que les conduce hácia las profesiones comerciales é industriales, porque esperan satisfacerse en ellas mas pronto y mas cumplidamente.

Si el comercio y la industria contribuyen á aumentar el deseo del bienestar, esto proviene de que toda pasión se fortifica á medida que el hombre se ocupa de ella, y crece con los esfuerzos que se hacen para satisfacerla.

Todas las causas que hacen predominar en el corazón humano el amor de los bienes de este mundo desenvuelven el comercio y la industria. La igualdad es una de ellas; favorece el comercio, no directamente dando á los hombres el gusto por los negocios, sino indirectamente fortificando y generalizando en sus almas el amor del bienestar.

Participan en esto de los sentimientos del pobre sin tener sus necesidades, ó mas bien se hallan impedidos por la mas imperiosa necesidad, que es la de no ir á ménos.

En las aristocracias los ricos són al mismo tiempo los que gobiernan. La atencion que prestan constantemente á los grandes negocios públicos, los separa de los pequeños cuidados que exigen el comercio y la industria. Sin embargo, si la voluntad de alguno de ellos se dirige por casualidad hácia el negocio, la del cuerpo viene bien presto á estorbarle el paso; por mas que se levante contra el imperio del número, nunca escapa completamente de su yugo, y en el seno mismo de los cuerpos aristocráticos, que se niegan tan obstinadamente á reconocer los derechos de la mayoría nacional, se forma una particular que gobierna (1).

En los países democráticos, en que el dinero no sirve para conducir al poder al que lo posee, y mas bien lo separa de él frecuentemente, los ricos no saben qué hacer de sus ocios. La inquietud y la grandeza de sus deseos, la estension de sus recursos, el gusto por lo extraordinario que experimentan casi siempre los que se elevan, de cualquiera manera que sea, sobre la multitud, los apresura

(1) Véase la nota al fin de este tomo.

siempre á obrar, y solo encuentran abierta la ruta del comercio. En las democracias no hai nada mas grande ni mas brillante que el comercio; atrae las miradas del público, llena la imaginacion de la multitud y hácia él se dirigen todas las pasiones enérgicas. Nada puede impedir á los ricos entregarse al comercio, ni sus propias preocupaciones, ni las de ningun otro. Los ricos de las democracias no forman nunca un cuerpo que tenga costumbres y órden especiales; las ideas propias de su clase no los detienen, y las generales de su país los impelen. Como por otra parte las grandes fortunas que se ven en el seno de un pueblo democrático han tenido casi siempre un origen comercial, es necesario que se sucedan muchas generaciones ántes que sus poseedores hayan perdido enteramente el hábito de los negocios.

Los ricos de las democracias, reducidos al estrecho espacio que la política les deja, se lanzan por todas partes al comercio, porque en él pueden estenderse y usar de sus ventajas naturales; en cierto modo, por la audacia misma y la grandeza de sus empresas industriales se debe juzgar el poco caso que habrían hecho de la industria si hubieran nacido en el seno de una aristocracia.

La misma observacion es aplicable á todos los hombres de las democracias, sean pobres ó ricos.

Los que viven en medio de la inestabilidad democrática tienen incesantemente á sus ojos la imagen de la casualidad, y acaban por amar todas las empresas en que esta figura. Se inclinan todos al comercio, no solamente por el lucro que promete, sino por las agitaciones que experimentan.

Hace solo medio siglo que los Estados-Unidos de América salieron de la dependencia colonial en que los tenia la Inglaterra; por esto el número de las grandes fortunas es mui reducido, y los capitales todavía raros. Sin embargo, no hai pueblo sobre la tierra que haga progresos tan rápidos en la industria y en el comercio como los americanos: hoi forman la segunda nacion marítima del mundo, y aunque sus manufacturas tengan que luchar contra obstáculos naturales casi insuperables, no dejan por eso de desarrollarse diariamente.

Las mas grandes empresas industriales se ejecutan sin dificultad en los Estados-Unidos, porque la poblacion entera se mezcla en la industria, y el mas pobre lo mismo que el ciudadano mas opulento, unen con gusto sus esfuerzos para este fin. Es admirable sin duda el ver los trabajos inmensos que ejecuta cada dia sin dificultad una nacion, en donde, por decirlo así, no hai ningun rico. Los americanos llegaron ayer al suelo que habitan, y han trastornado ya el orden de la naturaleza en su pro-

vecho: han unido el Hudson al Misisipi, hecho comunicar el Océano Atlántico con el golfo de Méjico, atravesando mas de quinientas leguas de continente que separan estos dos mares, y hoi los mas grandes caminos de hierro que existen se hallan en América.

Pero lo que mas llama la atencion en los Estados-Unidos, no es la grandeza extraordinaria de algunas empresas industriales, sino la multitud innumerable de pequeñas.

Casi todos los cultivadores de los Estados-Unidos han agregado alguna especie de comercio á la agricultura, y la mayor parte han hecho de la agricultura un comercio. Es raro que un cultivador americano se fije siempre en el suelo que ocupa. En las nuevas provincias del oeste principalmente, se desmonta un campo para venderlo despues y no para cultivarlo; se construye una granja con la esperanza de que viniendo presto á cambiar el estado del país por el continuo aumento de la poblacion, se podrá obtener un buen precio por ella.

Todos los años baja un número considerable de habitantes del norte hácia el mediodía, y viene á establecerse en los países donde se cultiva el algodón y la caña dulce. Estos hombres labran la tierra con el objeto de hacerla producir en pocos años lo bastante para enriquecerse, y entreven ya el mo-

mento en que podrán volver á su patria á gozar de una comodidad así adquirida. Los americanos estienden, pues, á la agricultura el espíritu de negocio, y sus pasiones industriales se muestran allí como en cualquiera otra parte.

Los americanos hacen inmensos progresos en la industria, porque se ocupan todos á la vez de ella; y por esta misma causa están sujetos á crisis industriales inesperadas y mui formidables.

Como todos ellos se ocupan del comercio, se halla este sujeto á influencias tan numerosas y tan complicadas, que es imposible prever con anticipacion las dificultades que pueden nacer; y como cada uno se mezcla mas ó ménos en la industria, al menor choque que los negocios experimentan, todas las fortunas particulares flaquean al mismo tiempo y el Estado vacila.

Creo que la reproduccion de las crisis industriales es una enfermedad endémica en las naciones democráticas de nuestros dias; y aunque se la puede hacer ménos peligrosa, no será fácil curarla, porque no depende de un accidente, sino de la complexion misma de estos pueblos.

## CAPITULO XX.

De qué manera podria la aristocracia originarse de la industria.

He hecho ver cómo la aristocracia favorecia el desarrollo de la industria y multiplicaba sin término el número de los que se dedican á ella: veamos ahora por qué ruta desviada podria la industria á su vez conducir los hombres á la aristocracia.

Se ha observado que cuando un obrero se ocupa

todos los dias del mismo trabajo, se consigue mas fácilmente, mas pronto y con mas economía la produccion general de la obra.

Tambien se ha visto que miéntras mas en grande se emprendia una industria, con mas fuertes capitales y crédito, tanto mas baratos eran sus productos. Estas verdades se entreveian desde hace mucho tiempo, pero no se han demostrado sino en nuestros dias. Se aplican ya á varias industrias mui importantes, y sucesivamente las adoptan tambien las menores.

Nada veo en el mundo político que deba fijar mas la atencion del legislador que estos dos nuevos axiomas de la ciencia industrial.

Cuando un artesano se entrega de un modo esclusivo y constante á la fabricacion de un solo objeto, acaba por desempeñar este trabajo con una destreza singular; pero pierde al mismo tiempo la facultad general de aplicar su espíritu á la direccion del trabajo : cada dia se hace mas hábil y ménos industrioso, y puede decirse que el hombre se degrada en él á medida que el obrero se perfecciona.

¿Qué puede esperarse de un hombre que ha empleado veinte años de su vida en hacer cabezas de alfileres? ¿á qué podrá en lo sucesivo aplicar esa poderosa inteligencia humana, que tantas veces

ha conmovido el mundo, sino á buscar el mejor medio de hacer cabezas de alfileres?

Cuando un artesano ha consumido de esta suerte una porcion considerable de su existencia, se encuentran sus ideas detenidas en el objeto diario de sus labores; su cuerpo ha contraido ciertos hábitos fijos de que no puede dispensarse; en una palabra, no pertenece ya á sí mismo, sino á la profesion que ha escogido. En vano las leyes y las costumbres procurarán romper al rededor de él todas las barreras, y abrirle por todos lados diferentes vias hácia la fortuna; pues una teoría industrial mas poderosa que las costumbres y las leyes le ha ligado á un oficio, y á veces á un lugar que no puede dejar. Ella misma le ha asignado en la sociedad un puesto de que no puede separarse y, en medio del movimiento universal, le ha hecho inmóvil.

A medida que el principio de la division del trabajo recibe una aplicacion mas completa, el obrero viene á ser mas débil, mas limitado y mas dependiente. El arte progresa y el artesano retrograda. Por otra parte, á medida que se descubre manifiestamente que los productos de una industria son tanto mas perfectos y ménos caros cuanto que la manufactura es mas vasta y el capital mayor, los hombres mui ricos y mui instruidos se presentan á ocuparse de industrias, que hasta entónces

habian estado en manos de artesanos ignorantes y atrasados. Los grandes esfuerzos que se requieren y la inmensidad de resultados que deben obtenerse los atraen.

Así pues, al mismo tiempo que la ciencia industrial deprime incesantemente la clase de los obreros eleva la de los maestros y directores. Mientras que el obrero reduce mas y mas su inteligencia al estudio de un solo detalle, el dueño estiende su vista sobre un conjunto mas vasto, y su espíritu se ensancha á proporcion que el del otro se estrecha : mui pronto el segundo no necesita mas que la fuerza fisica sin la inteligencia , mientras que el primero tiene siempre necesidad de la ciencia y casi del ingenio para tener buen éxito. El uno se parece cada vez mas al administrador de un vasto imperio, y el otro á un bruto.

El amo y el obrero no tienen nada de semejantes, y cada dia difieren mas : son como los dos anillos finales de una larga cadena. Cada uno ocupa un puesto que está destinado para él, y del cual no sale jamas. El uno se halla en una dependencia continua, estrecha y necesaria del otro, y parece nacido para obedecer como este para mandar. ¿ Y qué es esto sino aristocracia ?

Viniendo á igualarse las condiciones cada vez mas en el cuerpo de la nacion , la necesidad de los

objetos manufacturados se generaliza y se aumenta, y el precio moderado que pone estos objetos al alcance de las fortunas mediocres viene á ser un grande elemento de buen éxito.

Así, se observa cada dia que los hombres mas opulentos é ilustrados consagran á la industria sus riquezas y sus ciencias, y tratan de satisfacer los nuevos deseos que se manifiestan por todas partes, abriendo grandes talleres y dividiendo estrictamente el trabajo.

A medida que la masa de la nacion se inclina á la democracia, la clase particular que se ocupa de industria se vuelve mas aristocrática. Los hombres se hacen cada vez mas semejantes en la una y mas diferentes en la otra, y la desigualdad crece en la pequeña sociedad á proporcion que disminuye en la grande. Esta es la razon por que remontando al origen , parece que se ve la aristocracia salir por un esfuerzo natural del seno mismo de la democracia : mas esta aristocracia no se asemeja en nada á las que la han precedido ; pues desde luego se notará que no aplicándose sino á la industria y á algunas profesiones industriales solamente, es una escepcion, ó un monstruo en el estado social.

Las pequeñas sociedades aristocráticas que forman ciertas industrias en medio de la inmensa democracia de nuestros dias , encierran, como las

grandes sociedades aristocráticas de los antiguos tiempos, algunos hombres muy opulentos y una multitud muy miserable. Estos pobres tienen pocos medios para salir de su condición y hacerse ricos; pero los ricos frecuentemente se vuelven pobres, ó dejan el negocio después de haber hecho sus utilidades. Así, los elementos que forman la clase de los pobres son casi fijos, pero no lo son los que componen la clase de los otros. En verdad, aunque haya ricos, no existe esta clase, porque no tienen inclinaciones ni objetos comunes, tradiciones ni esperanzas iguales, de manera que hai miembros pero no cuerpo.

No solamente no están unidos los ricos con solidez entre sí, sino que puede decirse que no hai lazo verdadero entre el pobre y el rico. Nunca están perpetuamente fijos el uno cerca del otro, pues á cada instante el interés los une y los separa. El obrero depende en general de los amos, pero no de un amo determinado. Estos dos hombres se ven en la fábrica y no se conocen fuera, y mientras que por un lado están unidos, por los demás permanecen muy separados. El dueño de una manufactura no pide al obrero sino su trabajo, y este no espera de aquel sino el salario. El uno no se compromete á proteger ni el otro á defender, y no se hallan ligados de un modo permanente por el hábito ni por

el deber. La aristocracia que funda el negocio jamás se fija en medio de la población industrial que dirige, pues su objeto no es gobernarla, sino servir de ella.

Una aristocracia así constituida no puede asegurar fuertemente á los que emplea, y si lo consigue por un momento, bien pronto se le escapan.

La aristocracia territorial de los siglos pasados estaba obligada por la ley, ó se creía obligada por las costumbres, á venir al socorro de sus servidores y á aliviar sus miserias; pero la aristocracia manufacturera de nuestros días, después de haber empobrecido y embrutecido los hombres de que se sirve, los abandona en los tiempos de crisis á la caridad pública para que los mantenga. Esto resulta naturalmente de lo que precede. Entre el obrero y el dueño las relaciones son frecuentes, pero no existe nunca una asociación verdadera.

Sea lo que fuere, pienso que la aristocracia manufacturera que vemos elevarse, es una de las más severas que hayan podido aparecer en la tierra; pero al mismo tiempo una de las más limitadas, y de las menos peligrosas.

Con todo, este es el lado hácia donde los amigos de la democracia deben dirigir con más inquietud su atención, porque si la desigualdad permanente

de las condiciones y la aristocracia penetran de nuevo en el mundo, se puede predecir que lo harán por esta entrada.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

NOTA, PÁGINA 316.

Hai sin embargo aristocracias que han hecho con actividad el comercio, y cultivado la industria con buen éxito. La historia nos presenta muchos ejemplos de esto : mas en lo general debe decirse, que la aristocracia no favorece el desarrollo de la industria y del comercio, y que solo las aristocracias de dinero hacen la escepcion de esta regla.

Entre ellas son siempre indispensables las riquezas para satisfacer los deseos. El amor de la opulencia viene á ser, por decirlo así, el gran camino de las pasiones humanas, y todos los otros se acercan á él ó lo atraviesan. La aficion al dinero y la sed de la consideracion y del poder se confunden entónces de tal modo en las mismas almas, que es difícil distinguir si los hombres son codiciosos por ambicion, ó si son ambiciosos por codicia. Esto es lo que sucede en Inglaterra, pues se